

titos violentos y de loca prodigalidad. Las gentes sonreían, cuchicheaban, con aire divertido, sin cólera, en medio del olor embriagador de los escotes, al compás lejano de la orquesta. Al mismo tiempo, en el fondo del salón, otra oleada de curiosos se arremolinaba alrededor de un coloso vestido con un uniforme de coracero blanco, brillante y soberbio. Era el conde de Bismarck, cuya gran estatura dominaba todas las cabezas, riendo con una risa ruidosa, los ojos saltones, la nariz fuerte, con poderosas mandíbulas cubiertas por mostachos de conquistador bárbaro. Después de Sadowa, acababa de dar la Alemania á la Prusia; los tratados de alianza, negados mucho tiempo, hacía meses que estaban firmados contra la Francia; y la guerra que estuvo á punto de estallar en Mayo, á propósito del asunto del Luxemburgo, era cosa fatal. Cuando Saccard, triunfante, atravesó la pieza, llevando del brazo á la señora de Jeumont, y seguido por el marido, el conde de Bismarck interrumpió un instante su risa de buen gigante chocarrero, para mirarlos pasar con curiosidad.

IX

Carolina se encontró sola de nuevo. Hamelin había permanecido en París hasta los primeros días de Noviembre para las formalidades que necesitaba la constitución definitiva de la sociedad, con capital de ciento cincuenta millones; y aun fué él quien, á instancias de Saccard, hizo en la notaría de Lelorrain, calle de Santa Ana, las declaraciones legales, afirmando que estaban suscriptas todas las acciones é ingresado el capital, lo que de ningún modo era cierto. En seguida marchó á Roma, donde debía pasar dos meses, teniendo que estudiar grandes asuntos, que callaba, sin duda su famoso sueño del Papa en Jerusalem, así como otro proyecto más práctico y considerable, el de la transformación del Universal en un Banco católico, apoyado en los intereses cristianos del mundo entero, toda una vasta máquina destinada á aplastar, á barrer del globo la banca judía; y de allí pensaba volver otra vez á Oriente, adonde lo llamaban los tra-

bajos del ferrocarril de Brusa á Beirut. Alejábanse contento con la rápida prosperidad de la casa, absolutamente convencido de su inquebrantable solidez, sin sentir en el fondo otra cosa que la sorda inquietud por aquel éxito tan grande. Así, la víspera de su partida, en la conversación que tuvo con su hermana, no le hizo más que una recomendación apremiante, la de resistir al apasionamiento general y vender sus títulos, si se pasaba del precio de dos mil doscientos francos, porque entendía protestar personalmente contra aquella alza continua, que juzgaba loca y peligrosa.

Desde que se encontró sola, sintióse Carolina más turbada aun por el medio excesivamente caldeado en que vivía. Hacia la primera semana de Noviembre, llegóse al precio de dos mil doscientos; y aquello era, en derredor suyo, una locura, gritos de gratitud y de esperanza ilimitada: Dejoie venía á deshacerse en muestras de agradecimiento; las señoras de Beauvilliers la trataban como igual, como amiga del dios que iba á levantar otra vez su antigua casa. Alzábase un concierto de bendiciones de la multitud dichosa, de los pequeños y de los grandes, las muchachas dotadas al fin, los pobres enriquecidos súbitamente, asegurada su vejez, los ricos ardiendo en la insaciable alegría de ser aún más ricos. Al día siguiente de la Exposición, en París embriagado de goces y de poder, el momento era único, un momento de fe en la dicha, la certidumbre de

una suerte sin fin. Todos los valores habían subido, los menos sólidos encontraban crédulos, una plétora de negocios henchía el mercado, congestionándolo hasta la apoplejía, mientras que por dentro sonaba á hueco, en el agotamiento real de un reinado que había gozado mucho, gastado millares de millones en grandes obras, engordado casas de crédito enormes, cuyas cajas abiertas estallaban por todas partes. El primer crujido, en aquel vértigo, sería el hundimiento. Y sin duda Carolina tenía este presentimiento ansioso, cuando sentía oprimirse su corazón, á cada nuevo salto de los precios del Universal. No corría ningún mal rumor, apenas un ligero estremecimiento de los bajistas, asombrados y domados. Sin embargo, ella tenía conciencia de un malestar, algo que minaba ya el edificio; pero ¿qué? nada se precisaba; y veíase obligada á esperar, ante el esplendor del triunfo creciente, á pesar de esas ligeras sacudidas que anuncian las catástrofes.

Por lo demás, Carolina tuvo entonces otro disgusto. En la Obra del Trabajo estaban al fin satisfechos de Víctor, que se había vuelto silencioso y disimulado; y si todavía no se lo había contado todo á Saccard, era por un singular sentimiento de embarazo, aplazando de día en día su relato, sufriendo con la vergüenza que él experimentarí. Por otra parte, Máximo, á quien por entonces devolvió de su bolsillo los dos mil francos, se burló á propósito de los cuatro mil

que Busch y la Mechain reclamaban todavía: estas gentes la robaban, su padre se pondría furioso. Por esto, en adelante, rechazaba las demandas reiteradas de Busch, que exigía el complemento de la suma prometida. Después de innumerables pasos, éste acabó por enfadarse, tanto más cuanto que renacía su antiguo propósito de obtener dinero de Saccard, después de la nueva posición de éste último, aquella alta posición en que lo creía á merced suya, por miedo al escándalo. Un día, pues, exasperado por no sacar nada de un negocio tan bonito, resolvió dirigirse directamente á él, y le escribió rogándole que pasara á su despacho para enterarse de antiguos papeles encontrados en una casa de la calle de la Harpe. Le indicaba el número, y hacía una alusión tan clara á la vieja historia, que Saccard, lleno de inquietud, no podía dejar de acudir. Precisamente, aquella carta, llevada á la calle de San Lázaro, cayó entre las manos de Carolina, que reconoció la letra. Tembló, y preguntóse un momento si correría á casa de Busch, á fin de pagarle. Después se dijo que éste tal vez escribía para otro asunto, y que en todo caso esta era una manera de acabar, hasta alegrándose en su emoción de que otro tuviera el embarazo de la confianza. Pero á la noche, cuando volvió Saccard y abrió la carta, lo vió simplemente ponerse grave, y creyó en alguna complicación de dinero. Sin embargo, él había experimentado una profunda sorpresa, su garganta se había

apretado á la idea de caer en manos tan sucias, sospechando alguna ignominia. Con un gesto tranquilo se metió la carta en el bolsillo y decidió ir á la cita.

Pasaron días, llegó la segunda quincena de Noviembre, y Saccard aplazaba cada mañana la visita, aturdido por el torrente que lo arrastraba. La cotización acababa de pasar del precio de dos mil trescientos francos, y él estaba encantado, aun sintiendo que en la Bolsa se acentuaba cierta resistencia, á medida que se precipitaba el alza: evidentemente había allí un grupo de bajistas que tomaba posiciones, empeñando la lucha, tímidos todavía, en simples escaramuzas de guerrillas. Y, en dos ocasiones, creyóse obligado á dar él mismo órdenes de compra á nombre de testafellos, para que no se detuviera la marcha ascensional de los precios. Comenzaba el sistema de la sociedad, comprando sus propios títulos, jugando sobre ellos, devorándose.

Una noche, lleno de su pasión, no pudo Saccard impedirle hablar de ello á Carolina.

—Me parece que la cosa se caldea. ¡Oh! somos ya muy fuertes y esto les estorba demasiado.... Huelo á Gundermann, es su táctica: va á proceder á ventas regulares, tanto hoy, tanto mañana, aumentando la cifra, hasta quebrantarnos....

Ella le interrumpió con su voz grave:

—Si tiene del Universal, hace bien en vender.

—¡Cómo, que hace bien en vender!

—Sin duda, mi hermano os lo ha dicho: á

partir de dos mil, los precios son absolutamente locos.

El la miraba, y exclamó fuera de sí:

—Vended entonces, atrevedos á vender vos misma..... Sí, jugad contra mí, ya que queréis mi derrota.

Carolina enrojació ligeramente, porque precisamente la víspera había vendido mil de sus acciones para obedecer á las órdenes de su hermano, tranquilizada ella también por aquella venta como por un acto tardío de honradez. Pero puesto que Saccard no le preguntaba directamente, no se lo dijo, tanto más embarazada cuanto que él añadió:

—Estoy seguro de que ayer hubo defecciones. Llegó al mercado un gran paquete de valores, y habrían flojeado los precios si yo no hubiera intervenido..... Gundermann no hace estas jugadas. El tiene un método más lento, más aplastante á la larga..... ¡Ah! querida mía, estoy muy tranquilo, pero de todos modos tiemblo, porque el defender la vida es poca cosa, lo peor es defender su dinero y el de los demás.

En efecto, á partir de aquel momento, Saccard dejó de pertenecerse. Fué el hombre de los millones que ganaba, triunfante, y siempre á punto de ser derrotado. Ni siquiera tenía tiempo para ir á ver á la baronesa Sandorff, en el piso bajo de la calle Caumartin. En verdad, ésta lo había cansado con la llama engañadora de sus ojos, aquella frialdad que sus tentativas perversas no con-

seguián caldear. Además, le había ocurrido un percance, el mismo que él había hecho sufrir á Delcambre: una noche, esta vez por la torpeza de una doncella, había entrado en el momento en que la baronesa se encontraba entre los brazos de Sabatani. En la tempestuosa explicación que siguió, no se calmó sino después de una confesión completa, la de una simple curiosidad, culpable sin duda, pero muy excusable. Hablaban todas las mujeres de aquel Sabatani como de un fenómeno tal, se cuchicheaba de tal modo acerca de aquella cosa tan enorme, que ella no había podido resistir al deseo de verla. Y Saccard la perdonó cuando, á una pregunta brutal, contestó ella que, después de todo, aquello no era tan asombroso. Apenas la veía ahora más de una vez por semana, no porque le guardara rencor, sino sencillamente porque lo fastidiaba.

Áhora que lo sentía enfriarse, la baronesa volvió á caer en sus ignorancias y en sus dudas de otros tiempos. Desde que lo sonsacaba en sus momentos de intimidad, jugaba casi á golpe seguro, ganaba mucho, á medias con su suerte. Ahora veía muy bien que él no quería responder, y hasta temía que le mintiese; y, sea porque cambiara, sea porque, en efecto, él se complaciese en lanzarla por una pista falsa, sucedió un día que perdió siguiendo sus consejos. Su fe se quebrantó. Si Saccard la extraviaba así, ¿quien la guiaría ahora? Y lo peor era que el movimiento de hostilidad en la Bolsa, tan ligero al principio,

aumentaba de día en día contra el Universal. Todavía no eran más que rumores, no se formulaba nada preciso, ningún hecho amenazaba la solidez de la casa. Pero se dejaba comprender que debía haber allí alguna cosa, que el fruto estaba agusanado. Lo que, por lo demás, no impedía que el alza de los títulos se acentuase, enorme.

A consecuencia de una mala operación sobre los fondos italianos, la baronesa, decididamente inquieta, resolvió ir á la redacción de *La Esperanza*, para tratar de hacer hablar á Jantrou.

—Veamos, ¿qué hay? Vos, debéis saberlo.... Hace un momento, el Universal ha subido todavía veinte francos, y sin embargo corría un rumor, nadie ha sabido decirme de qué, en fin, algo no bueno.

Pero Jantrou estaba en la misma perplejidad. Colocado en la fuente de los rumores, fabricándolos él mismo si era preciso, comparábase placenteramente á un relojero, que vive en medio de centenares de relojes, y que jamás sabe la hora exacta. Gracias á su agencia de publicidad, si estaba en todas las confidencias, no tenía opinión propia única y sólida, porque sus informes se contradecían y se destruían entre sí.

—No sé nada, nada absolutamente.

—¡Oh! porque no queréis hablar.

—No, no sé nada, palabra de honor. ¡Y yo que pensaba ir á veros para preguntaros! ¿No es ya amable Saccard?

Hizo ella un gesto que lo confirmó en lo que había adivinado: un fin de relaciones por cansancio mútuo, la mujer muy sosa, el amante enfriado, sin hablar. Sintió un momento el no haber hecho el papel de hombre bien informado, para pagarse al fin, como él decía, aquella pequeña Ladricourt, cuyo padre lo recibió á puntapiés. Pero comprendía que no había llegado su hora; y continuaba mirándola, reflexionando en alta voz.

—Sí, es un fastidio, y yo que contaba con vos.... Porque ¿no es verdad que, si ha de ocurrir cualquier catástrofe, sería bueno estar prevenido, para poder hacer la evolución?... ¡Oh! no creo que la cosa apremie, esto aún está muy sólido. Pero se ven cosas tan raras....

Y á medida que hablaba así, iba germinando un plan en su cabeza.

—Decid—añadió bruscamente—puesto que Saccard os abandona ¿por qué no os ponéis bien con Gundermann?

La baronesa quedó un momento sorprendida.

—¡Con Gundermann! ¿Para qué? Lo conozco algo, por haberlo encontrado en casa de los de Roiville y en casa de los Keller.

—Mucho mejor si lo conocéis.... Id á verlo con cualquier pretexto, hablad con él, tratad de haceros amiga suya.... Figuraos esto: ¡ser la buena amiga de Gundermann, gobernar el mundo!

Y reíase, ante las imágenes licenciosas que

evocaba con el gesto, porque, conocida la frialdad del judío, no debía haber nada más complicado ni más difícil que seducirlo. La baronesa que había comprendido, tuvo una risa muda, sin enfadarse.

—Pero—repitió—¿para qué Gundermann?

Jantrou explicó entonces que, con seguridad, estaba éste á la cabeza del grupo de bajistas que comenzaban á maniobrar contra el Universal. Esto lo sabía, tenía la prueba de ello. Puesto que Saccard no era amable, la simple prudencia aconsejaba ponerse bien con su adversario, sin romper con él, por otra parte. Así se tendría un pie en cada campo, y se estaría seguro de encontrarse, el día de la batalla, en compañía del vencedor. Y proponía esta traición con aire amable, simplemente como hombre de buen consejo. Trabajando para él una mujer, dormiría tranquilo.

—¿Eh, queréis? Unámonos..... Nos prevendremos, nos diremos todo lo que sepamos.

Y como se apoderase de su mano, ella la retiró con un movimiento instintivo, creyendo otra cosa.

—Pero no, si no pienso en eso, puesto que somos camaradas..... Más adelante, vos me recompensaréis.

Y riendo, ella le abandonó su manó, que él besó. Ya no lo despreciaba, olvidando lo que había sido, no viendo la crápula en que vivía, su rostro marchito, su hermosa barba envene-

nada por el ajeno, su levita nueva llena de manchas, su brillante sombrero arañado con el yeso de cualquier inmunda escalera.

Al día siguiente, la baronesa Sandorff fué á casa de Gundermann. Este, desde que los títulos del Universal habían llegado á dos mil francos, había emprendido una campaña á la baja, con la mayor discreción, no yendo nunca á la Bolsa, y no teniendo en ella siquiera representación oficial. Su razonamiento era que una acción vale desde luego su precio de emisión y además el interés que puede reportar, el cual depende de la prosperidad de la casa, del éxito de las empresas. Hay, pues, un valor máximo del que no debe pasar razonablemente; y así que lo pasa, á consecuencia del apasionamiento del público, el alza es ficticia, la prudencia aconseja ponerse á la baja, con la seguridad de que ésta vendrá. En su convicción, en su absoluta fe en la lógica, quedó sin embargo sorprendido de las rápidas conquistas de Saccard, de aquella potencia que había crecido de un golpe y que comenzaba á espantar á la alta banca judía. Había que abatir lo más pronto á aquel peligroso rival, no sólo para recobrar los ocho millones perdidos al día siguiente de Sadowa, sino, sobre todo, para no tener que compartir la soberanía del mercado con aquel terrible aventurero, cuyos atrevimientos parecían tener éxito, contra todo buen sentido, como por milagro. Y Gundermann, lleno de desprecio por el apasionamiento, exageraba aún

más su flema de jugador matemático, con una fría obstinación de hombre de números, vendiendo siempre á pesar del alza continua, perdiendo en cada liquidación sumas cada vez más considerables, con la tranquila seguridad de un prudente que pone simplemente su dinero en la caja de ahorros.

Cuando la baronesa pudo al fin entrar, en medio de aquel tropel de empleados y de corredores, de la granizada de documentos que firmar y de despachos que leer, encontró al banquero sufriendo un horrible catarro que le arrancaba la garganta. Sin embargo, estaba allí desde las seis de la mañana, tosiendo y escupiendo, estenuado de fatiga, sólido á pesar de todo. Aquel día, en vísperas de un empréstito extranjero, tenía invadida la vasta sala por una ola de visitantes más apresurada todavía, que recibían á escape dos de sus hijos y uno de sus yernos; mientras que, tirados por el suelo, cerca de la estrecha mesa que había al fondo, en el hueco de la ventana, tres de sus nietos, se disputaban con agudos gritos una muñeca á la que le faltaban un brazo y una pierna.

La baronesa dió su pretexto inmediatamente.

—Caballero, he querido tener en persona el atrevimiento de mi importunidad..... Es para una rifa de beneficencia.....

No la dejó acabar, era muy caritativo, y admitía siempre dos billetes, sobre todo cuando se

tomaban así el trabajo de llevárselos señoras que había conocido en los salones.

Pero tuvo que pedirle que le dispensara, para contestar á un empleado que llegaba á hablarle de un asunto.

—¿Decís que cincuenta y dos millones? ¿Y el crédito era?....

—De sesenta millones, señor.

—Pues bien, ponedlo en setenta y cinco millones.

Volvíase hacia la baronesa, cuando, una palabra sorprendida en una conversación que su yerno tenía con un corredor, le hizo acercarse.

—¡De ningún modo! Al precio de quinientos ochenta y siete cincuenta, eso hace diez sueldos de menos por acción.

—¡Oh, señor—dijo humildemente el corredor—por cuarenta y tres francos que importaría de menos!

—¡Cómo cuarenta y tres francos! Eso es enorme. ¿Acaso creéis que robo el dinero? A cada uno lo suyo; para mí no hay otra cosa.

En fin, para hablar con más comodidad, se decidió á llevar á la baronesa al comedor, donde ya estaba la mesa puesta. No se engañaba acerca del pretexto de la rifa de beneficencia, porque conocía sus relaciones, gracias á una obsequiosa policía que lo informaba, y había sospechado que iba impulsada por algún grave interés. Así, no se molestó.

—Veamos, decidme ahora lo que tenéis que decirme.

La baronesa afectó sorprenderse. No tenía nada que decirle, sólo darle simplemente las gracias por su bondad.

—¿Entonces, no os han encargado de ninguna comisión para mí?

Y pareció contrariado, como si hubiera creído un instante que iba con una misión secreta de Saccard, alguna invención de aquel loco.

Ahora que estaban solos, mirábalo ella sonriendo, con su aire ardiente y engañoso que excitaba tan inútilmente á los hombres.

—No, no tengo nada que deciros, y puesto que sois tan bueno, más bien tendría algo que pedir.

Se había inclinado hacia él, rozándole las rodillas con sus finas manos enguantadas. Y le hizo su confesión, hablando de su deplorable matrimonio con un extranjero que no había comprendido nada de su naturaleza ni de sus necesidades, y explicando cómo se había visto obligada á jugar para no decaer de su posición. Habló, en fin, de su soledad, de la necesidad de ser aconsejada, dirigida, en aquel espantoso terreno de la Bolsa, donde cada paso en falso tan caro puede costar.

—Pero—interrumpió Gundermann—yo creía que teníais á alguien.

—¡Oh, alguien!—murmuró ella con un gesto de profundo desdén.—No, no, ese no es nadie;

no tengo á nadie.... Vos sois á quien yo querría tener, el amo, el dios. Y, verdaderamente, poco os costaría ser mi amigo, decirme una palabra, nada más que una palabra, de tarde en tarde. ¡Si supierais cuán dichosa me haríais, cuán reconocida os quedaría, sí, con todo mi ser!

Y se acercaba más, envolviéndolo en su tibio aliento, en el fino y potente olor que se exhalaba de toda ella. Pero él permanecía muy tranquilo y ni siquiera retrocedió, muerta su carne, sin una tentación que reprimir. Mientras que ella hablaba, él, cuyo estómago estaba igualmente destruido y que se mantenía sólo de leche, tomaba uno á uno, de un frutero que había sobre la mesa, granos de uva que se comía con un gesto maquinal, el único exceso que se permitía á veces, en sus grandes momentos de sensualidad, exponiéndose á pagarlo con días de sufrimiento.

Sonrióse burlescamente, como hombre que se cree invencible, cuando la baronesa, con aire de distracción, en el calor de su súplica, le puso al fin sobre la pierna su pequeña mano tentadora, de dedos devoradores, ágiles como culebras. Placenteramente cogió aquella mano y la separó, dando las gracias con un movimiento de cabeza, así como por un regalo inútil que se rehúsa. Y sin perder más tiempo, se fué derecho al objeto.

—Veamos, sois muy amable y quisiera servir en algo.... Mi hermosa amiga, el día en

que traigáis un buen consejo, yo me comprometo á daros otro. Venid á decirme lo que se hace, y yo os diré lo que haré..... Negocio concluído, ¿eh?

Se había levantado, y ella tuvo que volver con él á la sala vecina. La baronesa había comprendido perfectamente el trato que le proponía, el espionaje, la traición. Pero no quiso contestar, y afectó volver á hablar de su rifa de beneficencia; mientras que Gundermann, con su movimiento de cabeza burlón, parecía añadir que no necesitaba ser ayudado, que el desenlace lógico, fatal, llegaría de todos modos, acaso un poco más tarde. Y cuando ella se marchó, al fin, él ya estaba ocupado en otros asuntos, en el extraordinario tumulto de aquel mercado de los capitales, en medio del desfile de las gentes de Bolsa, del galope de sus empleados, de los juegos de sus nietos, que acababan de arrancar la cabeza á la muñeca, con gritos de triunfo. Se había sentado á su estrecha mesa, se absorbió en el estudio de una idea repentina, y ya no oyó más.

La baronesa Sandorff volvió dos veces á la redacción de *La Esperanza*, para dar cuenta del paso que había dado á Jantrou, sin encontrarlo. Al fin la introdujo Dejoie, un día en que su hija Natalia hablaba con la señora Jordán en una banqueta del pasillo. Desde la víspera caía una lluvia diluviana; y con aquel tiempo húmedo y gris, el entresuelo del viejo hotel, en el fondo

del obscuro patio, era de una horrible melancolía. El gas ardía en una media luz de niebla. Marcela, que esperaba á Jordán, corriendo en busca de dinero para dar un nuevo á cuenta á Busch, escuchaba con un aire triste á Natalia que charlaba como una cotorra vanidosa, con su voz seca y sus gestos nerviosos de hija de París crecida demasiado aprisa.

—Ya comprenderéis señora, que papá no quiera vender..... Hay una persona que lo empuja á vender tratando de asustarlo. No la nombro porque su papel, con seguridad, no es el de asustar á la gente..... Yo soy ahora quien impide á papá vender. ¡Vender cuando esto va para arriba! ¿Verdad que habría que ser muy tonto para hacerlo?

—¡Ciertamente!—contestó simplemente Marcela.

—Ya sabéis que estamos á dos mil quinientos—continuó Natalia.—Yo llevo las cuentas, porque papá apenas sabe escribir..... De modo que nuestras ocho acciones valen ya veinte mil francos. ¿Eh? ¡Muy bonito!.... Papá quería detenerse en los diez y ocho mil, porque esto hacía su cuenta: seis mil francos para mi dote, y doce mil para él, una rentita de seiscientos francos, que habría ganado bien con todas estas emociones..... Pero afortunadamente no ha vendido, puesto que ahora hay dos mil francos más..... Y ahora queremos más, queremos una renta de mil francos cuando menos. Y la tendremos, nos

lo ha dicho el señor Saccard..... ¡Es tan bueno el señor Saccard!

Marcela no pudo evitar una sonrisa.

—¿Y no os casáis?

—Sí, sí, cuando esto acabe de subir..... Tenemos prisa, sobre todo el padre de Teodoro, á causa de su comercio. Pero ¿qué queréis? no se puede tapar la fuente cuando viene el dinero. ¡Oh! Teodoro comprende muy bien que si papá tiene más renta, será más capital que cogemos un día. ¡Caramba, y no es de despreciar!... Y todo el mundo espera. Hace meses que tenemos los seis mil francos y podríamos casarnos; pero preferimos esperar..... ¿Leéis los artículos sobre las acciones?

Y sin esperar contestación:

—Yo los leo por la noche, papá me lleva los periódicos..... El ya los ha leído, y es preciso que yo se los vuelva á leer..... Es cosa que no cansa, tan hermoso es todo lo que prometen. Cuando me acuesto tengo la cabeza llena de ello, y sueño toda la noche. Y papá me dice también que él ve cosas que son una buena señal. Antes de ayer hemos tenido el mismo sueño, que recogíamos monedas de cien sueldos, con pala, en la calle. Era cosa muy divertida.

Interrumpióse de nuevo para preguntar.

—¿Cuántas acciones tenéis vos?

—¡Ni una!—respondió Marcela.

La rubia cabecita de Natalia, con sus claros ricillos rebeldes, tomó un aire de inmensa con-

miseración. ¡Ah, pobres gentes, gentes que no tenían acciones! Y habiéndola llamado su padre para encargarle de llevar un paquete de pruebas á un redactor, al volver á Batignolles, marchóse con una graciosa importancia de capitalista que, casi todos los días, ahora, bajaba al periódico á fin de conocer más pronto la cotización de la Bolsa.

Cuando se quedó sola en la banquetta, Marcela volvió á caer en una melancólica meditación, ella tan alegre y tan animosa de ordinario. ¡Dios mío, qué obscuridad, qué tristeza! ¡Y su pobre marido que corría por las calles con aquella lluvia diluviana! ¡Él que sentía tal desprecio por el dinero, tal malestar á la sola idea de ocuparse de éste, costándole tanto trabajo pedirlo aun á los mismos que se lo debían! Y repasaba todo el día desde que se despertó, aquel día tan malo, absorta, sin oír nada; mientras que alrededor suyo no cesaba el trabajo febril del periódico, el ir y venir de los redactores, el vaivén de las cuartillas, en medio de los portazos y de los campanillazos.

A las nueve, cuando Jordan acababa de marcharse á recoger informes sobre un accidente de que tenía que dar cuenta, Marcela, apenas lavada, todavía en chambra, había tenido el estupor de ver presentarse en su casa á Busch, en compañía de dos hombres muy sucios, acaso alguaciles, acaso bandidos, cosa que no había podido saber con precisión. Aquel abominable

Busch, sin duda abusando de que no encontraba allí más que una mujer, declaraba que iban á embargarlo todo, si no le pagaba al momento. Y ella se había resistido, no habiendo tenido conocimiento de ninguna de las formalidades legales; pero él afirmaba la notificación del juicio y la publicación del edicto con tal descaro, que ella había quedado trastornada, acabando por creer en la posibilidad de estas cosas aun sin saberlas. Pero no se rendía por ello y explicaba que su marido no volvería ni para almorzar, y que ella no dejaría tocar nada antes de que él estuviera allí. Entonces, entre los tres repugnantes personajes y aquella joven, á medio vestir, con los cabellos por los hombros, había comenzado la más penosa de las escenas, ellos inventariando ya los objetos, ella cerrando los armarios, poniéndose delante de la puerta, como para impedirles salir. ¡Su pobre casita, de que tan orgullosa estaba, sus cuatro muebles que hacía relucir, la cortina de andrinópolis de la alcoba, que ella misma había colgado! Habría que pasar por encima de su cuerpo, como decía con guerrera bravura; y trataba á Busch de canalla y de ladrón, ¡sí, un ladrón que no tenía vergüenza de reclamar setecientos treinta francos quince céntimos, sin contar las nuevas costas, por una deuda de trescientos francos, un crédito comprado por él en cinco, en el montón, con trapos y hierro viejo! ¡Decir que ellos habían dado ya, á cuenta, cuatrocientos francos y que aquel ladrón

hablaba de llevarse sus muebles, en pago de trescientos y tantos francos que quería robarles todavía! Y bien sabía él que ellos eran de buena fe, que habrían pagado en seguida, si hubieran tenido la suma. Y se aprovechaba de que ella estaba sola, incapaz de responder, ignorante del procedimiento, para asustarla y hacerla llorar. ¡Canalla! ¡Ladrón, ladrón! Furioso, Busch gritaba más alto que ella, golpeándose violentamente el pecho: ¿es que él no era un hombre honrado? ¿Acaso no había él pagado el crédito con dinero bueno y muy hermoso? Estaba en regla con la ley, y quería acabar. Sin embargo, como uno de aquellos dos hombres tan sucios abriese los cajones de la cómoda, en busca de ropa blanca, había tomado ella una actitud tan terrible, amenazando sublevar la calle y la casa, que el judío se había suavizado un poco. En fin, después de media hora de baja discusión, había consentido en esperar hasta el día siguiente, con formal juramento de que á otro día se lo llevaría todo, como ella le faltase á la palabra. ¡Oh, qué vergüenza que todavía la hacía sufrir: aquellos villanos hombres en su casa, hiriendo todas sus ternuras, todos sus pudores, revolviendo hasta la cama, apestando su alcoba tan dichosa, cuya ventana había tenido que dejar abierta de par en par, después que se fueron!

Pero otra pena más honda esperaba á Marcela aquel día. Se le había ocurrido la idea de correr en seguida á casa de sus padres para